

El retorno de la nación-estado y el Leviatán

Tom Barry | 21 de noviembre de 2002

Los 90's fueron años de prueba para los ideólogos y los estrategas de la política exterior conservadora en Estados Unidos. El fin de la guerra fría los privó del anticomunismo militante como núcleo organizador de sus principios fundamentales. De repente, el nítido e inminente peligro del comunismo internacional como el “coco” alrededor del cual se había formado y racionalizado la política exterior de los Estados Unidos durante cuatro décadas, se había evaporado. Entonces, mientras buscaban un nuevo principio que movilizara su agenda derechista de política exterior, la élite conservadora se encontró enfrentada al surgimiento de conceptos y actores no tradicionales en el debate de la política exterior.

Los liberales como Clinton y Gore tenían claramente mayor facilidad de adaptación al nuevo contexto de las relaciones internacionales en el que se hablaba de interdependencia global, globalización, seguridad humana, retos externos a la seguridad nacional, y la diplomacia ciudadana y la sociedad civil vinieron a competir con el discurso tradicional de los intereses y la seguridad nacional.

Cuando el anticomunismo militante perdió el atractivo popular, muchos conservadores de los Estados Unidos se retiraron a la arena doméstica donde ellos lanzaron las “guerras de la cultura” contra el materialismo, el gobierno centralizado, y los programas sociales liberales. Pero a mediados de los 90's, los neoconservadores —los mismos ideólogos que moldearon la política exterior de Ronald Reagan, de “la guerra de las estrellas,” el “rollback,” y los golpes contra el “imperio del mal”—recuperados del susto del final de la guerra fría, se reagruparon alrededor de una nueva agenda de política exterior agresiva. Para los neoconservadores, los debates acerca de la interdependencia global, el intervencionismo humanitario, la diplomacia ciudadana, y el lugar de la sociedad civil en el gobierno global eran sólo pavadas. Globalización es nada

más que “global-nada”. Cuando llega el momento decisivo, lo que realmente importa será el poder.

Los neoconservadores se irritaron porque los Estados Unidos estaba desperdiciando la coyuntura —el “momento unipolar”. Lo que los EE.UU. necesitaba era una “política exterior neo-Reaganista” que acabara con la política liberal de “appeasement” y “normas globales,” y proclamar orgullosamente el excepcionalismo de los Estados Unidos. La misión de un renovado internacionalismo conservador podría ser la de extender el momento unipolar a través del siguiente siglo —la del “nuevo siglo americano”.

La historia podrá registrar el 11 de Septiembre de 2001 como el comienzo de un cambio fundamental en los asuntos internacionales y la política exterior de los Estados Unidos. El rumbo de la época de la posguerra fría realmente había terminado, aunque fuera todavía demasiado temprano para predecir qué etiqueta le pondrá la historia a este nuevo período de las relaciones internacionales. Sin embargo, los fundamentos de esta era, con su énfasis en las prerrogativas del poder norteamericano, se estaban colocando en su sitio tan pronto como el equipo de política exterior de Bush tomó el mando en enero de 2001.

Actualmente, la preocupación mundial por la nueva y belicosa política exterior está directamente enfocada en las repercusiones de esta nueva política: de golpear primero, la clara preferencia de lo militar sobre las opciones diplomáticas, y los temores de que poderes menores puedan conformar sus propias políticas regionales de seguridad tras el resurgir del militarismo norteamericano. Y el activismo ciudadano está enfocado acertadamente en movilizar una amplia oposición a políticas específicas de los Estados Unidos, especialmente su hermética posición pro-Likud en el conflicto palesti-



no-israelí y sus planes de emprender una guerra contra Irak.

Reacción y Visión

Mientras examinamos las nuevas orientaciones de la política exterior norteamericana, también es importante resaltar algunos de los conceptos claves subyacentes en esta política así como reconocer lo que se está dejando de lado.

La política exterior de Bush es una combinación entre una política de reacción y una gran estrategia visionaria. La reacción está dirigida contra todas las formas de liberalismo aborrecidas por los neoconservadores, y la visión abraza las oportunidades y el potencial de extender el poder norteamericano al futuro. Ambas, reacción y visión, están ligadas por la afición de los internacionalistas conservadores a la nación-estado como un bloque único para los asuntos internacionales.

La reacción que guía la nueva política internacional de los Estados Unidos surge de su desprecio por el internacionalismo liberal y progresista. Los internacionalistas conservadores, liderados por los ideólogos neoconservadores, están decididos a socavar toda la estructura del multilateralismo abandonada por internacionalistas liberales como los presidentes Woodrow Wilson y Franklin Roosevelt. Es este multilateralismo, y su séquito de normas y tratados los que restringen el poder norteamericano.

El Mundo Hobbesiano

En cambio, los internacionalistas conservadores insisten en que el orden natural es el de naciones-estados —un mundo Hobbesiano en el que las naciones-estados controlan a sus propias poblaciones mientras que en la arena internacional la nación más poderosa o Leviatán controla el orden mundial. Ellos consideran que la estructura liberal del multilateralismo distorsiona este orden natural y la realidad en las relaciones de poder provocando un aliento artificial a aquellos sin poder efectivo, mientras se menoscaba el poder norteamericano. Todo esto no es para decir que Estados Unidos no usará más la estructura multilateral como instru-

mento de política internacional —sino que al acudir al multilateralismo y al derecho internacional se guiará por la prudencia y las consideraciones tácticas, no por principios.

Amenazadas también por esta reacción están las nuevas formas de “multilateralismo complejo” que comenzaron a aparecer en los 70’s como las ONG que fueron creando redes internacionales para defender normas como los derechos humanos y el ambientalismo. En opinión de los internacionalistas conservadores, el poder nacional —que significa poder militar- es el único factor que determina quien cuenta en las relaciones internacionales. Ellos desdeñan a aquellos que apelan a las normas internacionales y al derecho internacional pero carecen de poderío militar para respaldar el mandato. Como tal, la reacción de los supremacistas norteamericanos no tiene tolerancia alguna para con los actores de la sociedad civil que intentan insinuarse dentro de las políticas del poder internacional, o con los países europeos que defienden la preeminencia de las normas internacionales y de los tratados. Esta reacción amenaza barrer lejos, junto con el multilateralismo liberal, a las nuevas formas de gobernabilidad global que abren espacio a la participación de la sociedad civil, la diplomacia ciudadana y las formas multidimensionales de la prevención de conflictos.

Los internacionalistas conservadores rechazan lo que ellos miran como ideas avanzadas de interdependencia global creadas por la globalización. En un ensayo escrito en 2000 dentro del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, Paul Wolfowitz, ahora Secretario Delegado para la Defensa y uno de los principales halcones de la administración, sostiene que el unipolarismo y la globalización son en realidad el mismo fenómeno. Si hay una nueva interconexión global, ello “ocurre dentro del contexto de la dominación global [americana]. Los neoconservadores como Wolfowitz descartan las ideas liberales y progresistas de “compromiso” y “redes de interdependencia” como instrumentos de paz y prevención de conflictos.

Según los fundadores del neoconservador Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, establecido en 1997, aquellos que buscan la paz no deben

buscar compromiso, coexistencia, distensión, o incluso reformas con actores estatales o no estatales que no asuman la visión norteamericana del mundo. En lugar de prevención de conflictos, los Estados Unidos debe buscar un “cambio de régimen” por medios militares —directamente por los Estados Unidos o a través de sustitutos que luchen por la paz. Pero los Estados Unidos tiene que escoger sus batallas cuidadosamente, estratégicamente. Donde la confrontación no es una opción inmediata como en China, Cuba, o Irán, Estados Unidos debe buscar crearles más dificultades, tales como hacer que los “villanos” (en inglés, rogue’) y los “competidores iguales” (peer competitors) entren en conflictos y contradicciones internas y de este modo se acelere su desaparición.

En su esencia, la política exterior de los Estados Unidos representa un rechazo a la filosofía liberal de Locke y Kant basadas en la adopción progresiva del poder civilizador de la razón y del consenso social. En los 90’s, los halcones e ideólogos que ahora dirigen la política externa y militar de los Estados Unidos desecharon por ingenuas las visiones de Bush padre para un “nuevo orden mundial” y de Clinton para un mundo interdependiente basado en la integración económica. Como reacción al conservatismo moderado de Bush y al liberalismo de Clinton, los arquitectos de la política exterior contraponen un mundo Hobbesiano de conflictos en los que un estado Leviatán es tan bueno como necesario.

La visión global ofrecida por los autores de la política exterior de Bush es la que se describe alternadamente como el poder absoluto, el imperio, una hegemonía global benévola, la Paz Americana, ó simplemente un Siglo Americano. No obstante el énfasis en una superioridad cultural y política, dominación militar, y preeminencia moral de los Estados Unidos, la gran estrategia adelantada por el equipo de política exterior de la administración prevé un papel principal para la nación-estado y la soberanía nacional.

Interpretación original de nación-estado

En su rechazo a la estructura de multilateralismo y profundización del gobierno global, y la reducción de cualquier nuevo rol para la sociedad civil, los teóricos del internacionalismo conservador apoyan los conceptos tradicionales de la nación-estado y su soberanía. Pero ellos tienen una interpretación original de soberanía nacional —que al mismo tiempo propone soberanía total y soberanía condicional. Como observó un estudioso del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano (PNAC, por sus siglas en inglés), “El internacionalista conservador ve el papel de la nación —al menos de esta nación- como el centro de las relaciones internacionales, hoy más que nunca en el pasado”.

La soberanía, sin embargo, está condicionada por el poder. Para la más poderosa nación-estado, la soberanía es total e incontestable. En su gran estrategia, los Estados Unidos no rechaza categóricamente la necesidad y la relevancia de las normas internacionales, los tratados y las leyes. Pero como el poder norteamericano y las responsabilidades globales asociadas son tan diferentes de las de otras naciones, las reglas que condicionan la soberanía de las otras naciones no se aplican para los Estados Unidos. El supremo poder militar y su claridad moral le confieren privilegios y prerrogativas especiales en sus operaciones globales.

La nueva política exterior americana bajo Bush va un paso más allá en su excepcionalismo histórico. No sólo coloca a los Estados Unidos por encima del derecho internacional, sino que asume para sí el papel de juez supremo. Tras los ataques de la mañana del 11 de septiembre, este nuevo papel de árbitro internacional del bien y del mal fue deletreado por el presidente Bush y los internacionalistas conservadores que los rodeaban. Estados Unidos considera que el principal factor que podría minar la soberanía de una nación-estado sería aquel que sea señalado como un patrocinador del terrorismo o al que los Estados Unidos califique como una amenaza para la supremacía americana por la posesión o desarrollo de armas de destrucción masiva.

En un editorial del *Washington Post*, George Shultz, anterior Secretario de Estado bajo la administración Reagan, comentó sobre la política de soberanía condicional anunciada por el presidente Bush en su alocución “eje del mal”. “El Estado es todo lo que tenemos como medio para poner en orden nuestra existencia internacional y de lograr un gobierno representativo y la protección de los derechos individuales”, afirmó Shultz. “Si en pasadas décadas el péndulo ha oscilado contra el estado soberano, es tiempo de que el péndulo regrese, para apoyar a los estados responsables y para ayudarles contra nuestro común enemigo, el terrorismo”, expresó. Bajo esta doctrina de soberanía condicional, los Estados Unidos se ha apropiado para sí el derecho de juzgar si las naciones están violando sus responsabilidades como entidades soberanas apoyando a terroristas no estatales o comprometiéndose en terrorismo estatal. Si las naciones son juzgadas como tales, entonces los Estados Unidos puede intervenir para forzar un cambio de régimen. “Con perseverancia, podemos revitalizar el estado”, sostiene Shultz.

Monstruos para destruir

John Quincy Adams, el sexto presidente del país, exhortó a los novatos halcones de la nueva república que América no irá “al extranjero en busca de monstruos para destruir.” Pero la nueva gran estrategia de los Estados Unidos, como lo han establecido los halcones y los internacionalistas conservadores que rodean a George W. Bush, convoca a los americanos a golpear en el extranjero contra una muy larga serie de actores estatales y no estatales que ellos consideran malvados.

Cubiertos por un sentimiento de victimización y vulnerabilidad, el público de los Estados Unidos y la comunidad política han empezado apenas a cuestionar la apocalíptica, agresiva y anti-multilateralista orientación de la política exterior de Bush. Como los conservadores que se preguntaban lo que Norteamérica debía hacer con su inmenso poder en este mundo unipolar, otros norteamericanos necesitarán decidir cuáles responsabilidades y oportunidades se derivan de un poder dominante —y si esta nueva era de las relaciones internacionales será de cooperación internacional ó una era de paz neoimperialista mantenida por una nación Leviatán en busca de monstruos para matar.

Tom Barry <tom@irc-online.org> es un analista con el IRC y codirector del proyecto Foreign Policy In Focus (www.fpif.org). Con este texto participó en la consulta regional del Foro de Diplomacia Ciudadana que tuvo lugar en la Ciudad de México, el 4-5 noviembre de 2002.

Publicado por el Programa de las Américas del Interhemispheric Resource Center (IRC). ©2002. Todos los derechos reservados.

The Americas Program

“Un Nuevo Mundo de Ideas y Análisis”

Fundado en 1979, el IRC es un centro de estudios políticos, sin fines de lucro, pequeño pero dinámico cuyo objetivo principal es ayudar a forjar una nueva agenda de relaciones exteriores para el gobierno y los ciudadanos de EE.UU.-una que haga de Estados Unidos un líder global y vecino más responsable. Para mayores informes sobre nuestro Programa de las Américas, visite www.americaspolicy.org.

Cita recomendada:

Tom Barry, “El retorno de la nación-estado y el Leviatán,” Programa de las Américas (Silver City, NM: Interhemispheric Resource Center, 21 de noviembre de 2002).

Dirección en el Internet:

http://www.americaspolicy.org/commentary/2002/sp_0211leviatan.html